

Trasplante de cara

Arnoldo Kraus

El médico y escritor Arnoldo Kraus dedica las siguientes líneas a reflexionar sobre un sorprendente suceso en la historia reciente de la ciencia: el primer trasplante de cara, llevado a cabo exitosamente por un equipo de cirujanos de Francia. Más allá de las repercusiones médicas, el autor de Cuando la muerte se aproxima se cuestiona cuáles son las implicaciones éticas de este procedimiento, y de qué forma cambiará la psicología de la paciente.

Hace poco más de un mes la prensa anunció un suceso increíble. Digo increíble porque no encuentro otra palabra. Un equipo de cirujanos franceses logró trasplantarle a una mujer llamada Pía el rostro de otra mujer. La cara provenía de María, una mujer muy bella, joven, aparentemente rica, quien había muerto en un accidente automovilístico. La faz de Pía había sido destrozada por su perro. Pía, dice un amigo mío, no era bonita, trabajaba en una oficina de cosméticos, vivía sola, rondaba la cuarentena, y tenía lo que se llama “un carácter difícil”. Acudía a psicoanálisis desde años atrás.

Los periódicos mostraban algunas fotos. Pía antes de las mordidas del perro —El Manchas—, Pía comida por el perro, Pía de niña, Pía-María treinta días después de la cirugía, y varias del equipo quirúrgico. Pía-María, como es obvio, no se parecía a Pía. Pía era una nueva persona. “Qué difícil”, pensé, “si uno no se soporta a sí mismo, ¿cómo aguantar al nuevo uno? Eso de perder la cara debe de ser horrible. Perder el cuerpo, desde la perspectiva moral, debe de ser menos complejo. Por suerte, yo mido 1.85 centímetros y mi perro, ya viejo, es un pequinés que antes medía dieciocho centímetros, y ahora, por la edad y la osteoporosis debe de medir uno o dos centímetros menos”.

Aunque el periódico no publicó las fotos del perro de Pía me habría gustado saber cómo era, si estaba flaco, si lo habían bañado, si tenía pulgas, si se mordía la cola, si aullaba cuando pensaba que la persona con la cual se cruzaba era un político, si miraba a la cara y, por supuesto, aunque me declaro librepensador, cuál era su raza. La noticia no explicaba el destino de El Manchas ni las razones por las cuales atacó a su patrona. Imagino que lo sacrificaron. Eso hacen los humanos con los animales agresivos: los sacrifican sin miramientos, no preguntan por qué, hicieran lo que hicieran. Ni siquiera les ofrecen confesarse o pasar un tiempo encarcelados. ¡Cuántas personas enderezan sus vidas después de confesarse o después de haber aprendido cómo comportarse en la escuela de la prisión! El Manchas, en cambio, no tuvo la oportunidad de redimirse. La noticia sólo especificaba que ni el veterinario que atendió a El Manchas y a Pía durante doce años, ni otro veterinario con maestría en psicología perruna entendían el motivo del ataque.

En el periódico, en un pequeño recuadro, al lado del encabezado, se incluían los nombres de las razas de perros proclives a atacar a sus dueños. El rotativo destacaba los siguientes motivos: la llegada a casa de un bebé, la falta de alimentación, la falta de apareamiento, la



pérdida del hueso predilecto, la infidelidad de alguno de los patrones (no especificaba si de él o de ella ni el sitio donde se llevaba a cabo el acto), así como la ausencia prolongada de los dueños. El periódico explicaba otro punto interesante y establecía un parangón digno de reflexión. Cito: “los perros que atacan con más frecuencia a sus patrones son los que habían convivido por más tiempo con ellos, es decir, emulaban conductas humanas”. “No son celos ni baja autoestima”, explicó el veterinario Jorge Sánchez, experto en esquizofrenia perruna, “es la vida”.

La noticia había generado movimiento y muchas opiniones. Los médicos se vanagloriaban, con razón, del éxito; el hospital se enorgullecía por haber sido pionero en el procedimiento, ensalzaba la destreza quirúrgica de los médicos y subrayaba las dificultades del procedimiento: diez cirujanos y una cirujana, dieciséis enfermeras y un enfermero, doce horas, cinco minutos y tres segundos de operación, catorce paquetes de sangre transfundidos, incontables pijamas quirúrgicas anegadas por sangre, treinta litros de suero, incontables guantes, setenta y dos sándwiches —el del cirujano jefe, de caviar—, veinte litros de agua de chía, un vodka, dos tafiles (alprazolam de 0.25 mg, los más chiquitos, los moraditos), sesenta y dos llamadas telefónicas. Además, el dueño y director del nosocomio se infartó como consecuencia del impacto mediático: cientos de camarógrafos en las afueras del hospital lo aguardaban para conocer los detalles del procedimiento. Debido al infarto, agregaba el jefe de Tweets del hospital, los abogados del hospital planean demandar a la prensa por el infarto sufrido por el director. No será una demanda penal, sólo legal y económica: pretenden que los periodistas que más pregun-

tas hicieron se hagan cargo de los costos de la hospitalización del dueño y director del hospital —la terapia intensiva es muy, muy costosa.

El caso de Pía y María fue el primero en el rubro. Siete días después de la operación el equipo médico había concluido la preparación del reporte médico. Estaban seguros de que el artículo, “De Pía a María. Consecuencias de una mordedura inesperada. Reporte del primer trasplante de cara”, sería aceptado sin dilación en cualquier revista médica internacional de prestigio, o bien, si la ciencia médica objetaba la *eticidad* del procedimiento, optarían por *Hola!* Después de muchas discusiones, agrias y complicadas, la votación se decantó por *Hola!* Las razones son lógicas, explicarlas es innecesario.

El éxito quirúrgico fue notable. Apenas había transcurrido poco más de un mes del trasplante cuando Pía-María se encontraba en condiciones de reanudar su vida. Afortunadamente, sólo fue menester ocuparse de la reconstrucción del rostro. Las mordeduras en otros sitios —brazos, pechos, axilas— no mermarían su posibilidad para reincorporarse a la vida. Aunque la cara de Pía era estándar, ni grande ni chica, ni bonita ni fea, ni chueca ni derecha, ni inteligente ni tonta, tenía algunas arrugas, lo cual permite suponer, según algunos estudios médicos, que pesaba un poco más y quizás incluso tenía otro sabor. Sánchez, el veterinario, especuló en una segunda entrevista sobre el peso y la trascendencia de las arrugas: “las arrugas pesan lo mismo que el peso de los años, seguramente por eso se sació al can; de no haber sido así, hubiese comido más Pía”.

Dos meses después de la cirugía Pía-María estaba lista, casi lista, para saltar a la vida. Faltaba salir a la ca-

lle, ver a familiares y amigos, regresar al trabajo y mirarse en el espejo. El doctor Jorge Alcocer, psiquiatra experto en mordeduras y en sus consecuencias, había sido también consultado sobre los efectos emocionales del cambio de rostro; él mismo sufría todo tipo de mutaciones, lo cual, sumado a sus estudios, garantizaba una opinión docta. Alcocer propuso que Pía-María debía acercarse a la vida poco a poco: salir a la calle con un velo que cubriese toda la cara, lentes oscuros, gorro de beisbol, y bloqueador del 1016 por siete días. Después, sin gorro (por dos semanas), después sin lentes oscuros (durante dos días) y nuevamente después sólo con sombrero, hasta que, finalmente, pudiese deambular descubierta, con la cara de María. Esa rutina, pausada, sería menos cruda para Pía, aseguró Alcocer.

El caso, por supuesto, no era sencillo. Si bien las expectativas quirúrgicas se habían cumplido, y aparentemente el procedimiento evolucionaba bien, había muchas dudas en cuanto a la cuestión psicológica. Ser dos personas, representar dos historias y dos conductas en el mismo cuerpo es un reto muy complicado. Nadie está preparado para ese tipo de avatares. No en balde tanto la literatura como la política se han ocupado, con éxito en la primera, sin éxito en la segunda, en incontables ocasiones, del tema del doble.

“¡Pobre Pía!”, pensé mientras reflexionaba en el suceso; “¡pobre Pía-María!”, corregí de inmediato. Aunque el caso lindaba con la ficción lo que no había era ficción. El problema era real y muy complejo. No era necesario filosofar acerca del dilema que tanto persigue a escritores y filósofos en torno del trillado e inmortal tema: ¿la ficción supera a la realidad o la realidad supera a la ficción?

Los alcances y los límites de la ciencia, y las preguntas que ésta genera cuando avanza constituían el centro del embrollo. Los dilemas y las preguntas afloraban. La mayoría eran breves éticos. Cogí una pluma y enumeré algunas preguntas. El impacto de la noticia era enorme, mi avidez por la duda, mayor: ¿la nueva cara determinará afectos diferentes?, ¿prevalecerá la memoria sobre la nueva imagen?, ¿los amigos de María se convertirán en amigos de Pía?, ¿Pía será María?, ¿hará el amor como lo hacía María?, ¿qué sucederá con María, cuando llegue al infierno o al paraíso —no sé dónde le toque—?, ¿el corazón de Pía latirá diferente cuando se tope con los hombres de María?, ¿el alma de Pía se moldeará de acuerdo a los guiños de María?, ¿cuál tipo de psicoterapia requerirá Pía para aceptar que no es ella pero sí es ella?, ¿qué sucederá cuando algún familiar o conocido le grite en la calle a Pía-María, “¡María!”?, ¿debería contestar? No menos ríspida es la cuestión siguiente: en el futuro, ¿las personas que deseen donar su cara y su cuerpo deberán patentar con tiempo su alma y sus ideas? Finalmen-

te, en caso de que se recrudezcan los viejos conflictos existenciales de Pía, ¿tendría que reiniciar nuevamente la terapia psicoanalítica?, y, de ser afirmativa la respuesta, ¿deberá acudir con el analista de María, con el suyo, o quizás, una semana acostarse en el diván de uno y la semana siguiente en la cama del otro? Habría sido estupendo contar con la opinión de George Orwell, Woody Allen, de Franz Kafka, o, incluso, de Sigmund Freud —imaginar en los relatos no cuesta—. Seguramente entre unos y otros podrían responder a la mayoría de las preguntas.

Avasallado por las interrogantes y ante la imposibilidad de responder a muchas de ellas releí la noticia. No había información acerca del perro, no había datos sobre el funeral de María, no se sabía nada sobre el impacto mundial que había tenido la publicación en *Hola!* en relación al éxito del trasplante —la revista, por cierto, se agotó antes de distribuirse—, no había testimonios sobre la relación íntima que Pía había desarrollado con la propia María y la familia de la primera donadora de cara en la historia de la medicina, y lo que es peor, nadie había conseguido localizar al doctor Alcocer.

“El alma no migra con la cara”, pensé. “El alma de Pía tendrá que compaginar sus impulsos con las expresiones de la cara de María”, agregué. “Pobre Pía, los medios no la dejarán en paz. Recorrer el mundo con otra cara auestas debe ser muy crudo”. “¡Pobre Pía!”, dije de nuevo, “tiene que lidiar con demasiadas emociones y no creo que ni Alcocer, si acaso aparece, ni Sánchez, le ayuden”. “La ciencia corre demasiado rápido”, le dije a mi esposa una mañana. “Avanza sin cesar, no se pregunta si todo lo que se hace tiene sentido o si es válido llevar a cabo todo lo que se puede hacer. Conforme crece la ciencia deja muchas preguntas y quehaceres sin resolver”.

Aunque la ciencia cumplió, sin rostro no somos, no somos nadie. El equipo médico omitió responsabilizarse de las cuestiones éticas del caso. Ignoro si fue por omisión, por voluntad, por incapacidad, por desinterés, o por la suma de todas, pero, en cambio, estoy seguro de que Pía-María debe de estar pasando momentos difíciles. Reanudar la vida siendo otra persona es complicado, acudir al diván donde habló durante muchos años de su *alter ego* y hablar ahora con María auestas debe de ser casi imposible; no creo, incluso, que Sigmund hubiere podido desentrañar tamaño breve.

Si Pía-María se acercase a mí le sugeriría que comprase, si su tristeza es poca, un perro pequeño o uno de peluche, y uno grande, muy grande de una raza europea, si su dolor pesase más que su realidad. **U**